

La utopía en marcha

Martirologio del trabajo

La lista de los mártires del trabajo alcanza dimensiones astronómicas. Los que nos hemos preocupado por estas cuestiones de lucha proletaria, tenemos presente siempre los nombres venerandos que se fueron sangrientamente la ruta de emancipación del trabajo. Se habla, según costumbre, de los ejecutados en Chicago, de Sacco y Vanzetti, de los nihilistas rusos, y en fin: de tantos y tantos que dignificaron con su ejemplo la denominación vulgarizada de 'hombres'. Nadie como los que hemos vivido las épocas penosas de la represión burguesa, se da exacta cuenta del esfuerzo titánico que el mantenimiento de la postura de aquellos hombres significó entonces. Después, cuando el trabajo fué ocupando posiciones más ventajosas, dedicarse a la tarea revolucionaria fué menos extraordinario y hasta para gloriosos tipos una especie de esnobismo que «hacia bien» con la bohemia nueva de chaflin roja, de corbata multicolor, de anagramas complicados y de toda esa decadencia intelectualoide que, ahíta de asistir a los banquetes de la «buena sociedad» — sin probar bocado —, se dedicó a hablar mal de los ricos, porque ellos no podían serlo. Nada de eso tuvo que ver nunca con los verdaderos hombres de la revolución, lo mismo que nada de lo que se agita y bulle oficialmente, en la hora presente, tiene relación con lo que se gesta en el seno del pueblo productor.



La represión política no respetó nada. Ni el sagrado de las conciencias ni la intangibilidad de los pobres hogares proletarios. Todo lo arrasó y holló con la espuela y el sable mercenario. Todo lo atropelló y escarneció. Nadie estuvo seguro de vivir al día siguiente de una orden draconiana. A la prisión gubernativa, sin nada que la justificase, sucedíanse los procesos amañados y monstruosos; los hombres y los adolescentes iban a pudrirse en una prisión hedionda, y los familiares — exentos en cualquier caso de toda culpa — se iban lentamente muriendo de hambre. Ningún gobernante ni ningún periodista burgués se acordaba nunca de estos hogares deshechos, y minados por la tuberculosis y la miseria más espantosa. Los banquetes honorarios se empalmaban unos con otros, se derramaban los vinos que otros recogían en perlas y exprimían junto con su sudor y su vida. La juerga alegre se comía el presupuesto, hecho y firmado pensando en el

otro presupuesto de lujos y placeres domésticos. Todo eso iba aproximando la hora de la revancha, la hora de las victorias proletarias, la hora de la inteligencia y el brazo esforzado del obrero de cualquier clase. Ese día ha empezado a alborear y a emitir luces más puras. No debemos cantar victoria, pero sí felicitarnos de que se hayan roto los primeros diques que oponía la reacción, y las caretas empiecen a caer y los rostros a mostrarse tal cual son. Estamos aún en el camino, y la ruta es penosa aun. Nada debe asustarnos ni pillarnos desprevenidos, pues la serenidad debe ser el lema de nuestra postura de lucha creadora y la inteligencia debe preceder a todos nuestros actos.



La historia que pasó no nos importa, casi nada más que como referencia y barniz cultural para reuniones disculadoras. La historia se crea y se re-crea cada día y en cada momento. Nuestra historia no es para contada por nosotros; los que nos sucederán en la brecha orificarán nuestra obra. Nosotros nos dedicamos a vivir plenamente y de todo corazón los problemas planteados, a resolverlos en la medida de nuestras fuerzas y posibilidades. No hemos de olvidar que nosotros somos y existimos en la medida en que nos es dado interesar a la opinión pública en nuestros puntos de vista y en nuestros afanes y dolores. Una propaganda inteligente debe acompañar nuestros hechos en todos los frentes de lucha: en el campo y en la ciudad, con las armas y con las herramientas, pero eso no sería nada si nuestros hechos no revelasen nada y llevasen a la colectividad a un colapso o a una encrucijada de incógnitas.

La historia que pasó no nos importa, casi nada más que como referencia y barniz cultural para reuniones disculadoras. La historia se crea y se re-crea cada día y en cada momento. Nuestra historia no es para contada por nosotros; los que nos sucederán en la brecha orificarán nuestra obra. Nosotros nos dedicamos a vivir plenamente y de todo corazón los problemas planteados, a resolverlos en la medida de nuestras fuerzas y posibilidades. No hemos de olvidar que nosotros somos y existimos en la medida en que nos es dado interesar a la opinión pública en nuestros puntos de vista y en nuestros afanes y dolores. Una propaganda inteligente debe acompañar nuestros hechos en todos los frentes de lucha: en el campo y en la ciudad, con las armas y con las herramientas, pero eso no sería nada si nuestros hechos no revelasen nada y llevasen a la colectividad a un colapso o a una encrucijada de incógnitas.



calles sin salida no creen más que los pusilánimes, y nosotros no lo somos.

No ha terminado el martirologio del trabajo, aunque se puede anticipar que el sacrificio será ahora más sonriente y optimista. No es lo mismo morir en un agujero negro que bajo la luz del sol y con el rostro tenso y erguido del gladiador que ha visto sonreír a un mundo mejor. Ya no es morir por una fe alimentada porque sí, sin pruebas ni razones. Hoy, nuestros viejos compañeros, los que nos desbrozaron el camino, que hoy recorremos con entusiasmo, nos repiten que nos dejaron felices, pues han visto virtualizarse, corporeizarse, el bello film de sus sueños ideales.

Gloria a los mártires de nuestra causa! ¡Comaradas, nosotros marchamos con los escuadrones de los que emprendieron el gran viaje sin vuelta! Nos dejaron la obra de sus vidas, el ejemplo de su tesón en la pugna social, el mojon que señala un paso practicable, divide una linde sin obstaculizar el paso del vagabundo de todas las rutas ignoradas.

La gran Olimpiada

Opuesta a la de Berlín se organizaba en Barcelona la Olimpiada Popular, magnífica idea que los camaradas comunistas hubieran llevado a cabo si la tercera Gran Olimpiada no se hubiese anticipado. Esta Olimpiada a que nos referimos está siendo una olimpiada de dioses.



Nada de la seriedad griega, sino una nueva estatuaría contorsionada en dinámicos esenciales, toda nervio y esquema, como las creaciones de Archipenko.

Ya, alguien que ha podido oírse de la tarea organizadora, ha llevado al papel, en manchetones que aún parecen moverse, líos y rostros de la revuelta. Hoy, un artista mal conocido, ha puesto el sello de su roca personalidad



de su arrojo de artista revolucionario en unas acuarelas rápidas, cinematográficas casi. Los colores y las banderas al viento, las mujeres enfundadas en monos de mecánico, con cascos de acero y ojos audaces, se incorporan a este Marathon de meta lejana, pero segura, hacia metas que serán punto de partida siempre.

El fuerte sentimiento deportivo que se ha desarrollado día a día en la vida moderna, tiene hoy su ejecución más noble y más digna. Los que hemos amado siempre el mar, la montaña, la empresa dura y arriesgada, podemos hoy emplearnos a fondo y sentir que nuestro

resultado más que numérico y pasajeramente glorioso. Sentimos que no vivimos simplemente una guerra más entre todas las guerras conocidas, sino la única guerra en que nos jugamos intereses nuestros y comunes a la humanidad toda. Luego, cuando el estruendo de la dinamita y el tableteo de la ametralladora hayan cesado, el deporte limpio tornaremos los que siempre lo comprendimos y lo practicamos como dinamismo inteligente y dirigido por la necesidad fisiológica y el anhelo motor en que se diluye nuestra animalidad inicial, depurando y serenando los instintos que nos ahogan.

Entonces inventaremos otra palabra menos cursi que «Sport». Algo más recio y nuestro; algo que explique y defina el sentido sano que orientará nuestros movimientos deportivos. El



deporte se engranará a la vida de nuestros pueblos haciéndose carne de ellos, en el vivir cotidiano. Y cuando el pueblo, recién duchado, sonría con dientes limpios, podremos decir que ha nacido el hombre, simplemente, sin «super» ni otros adjetivos ostentosos.

Fuerzas creadoras

Duermen en la Naturaleza fuerzas incontrolladas aun y energías conocidas no desaprovechadas, dejándolas inactivas, malgastándolas en empresas improdúctivas o sólo productivas para una pequeña minoría de explotadores.

El brazo del obrero está hoy presto a emplearse en la nueva construcción de la vida, la socialización progresiva y acelerada de los medios de producción y las industrias todas puede permitir un reagrupamiento de fuerzas y elementos creadores de riqueza social, reagrupamiento que posibilitaría — y posibilita ya — una mejor ordenación funcional bajo más sanos principios y mejores condiciones de trabajo.

El técnico ya está con nosotros. No declinamos todos los técnicos, no. Hablamos de unos pocos, a los que se unirán de día en día nuevos valores intelectuales en formación y en carácter. Está claro que al lado de nosotros, los arruinados, el técnico no es ni será nunca un subordinado servil y coartado. Todo aquel que entra a formar parte del todo orgánico que nos distingue de otras tendencias obreras, queda equiparado en derechos y deberes con otro miembro cualquiera de la organización. La ventaja que encuentra siempre el individuo capacitado para grandes realizaciones, es en nuestros medios la de que se haya situado el sujeto en un ambiente activo y energético en el que la palabra imposible está virtualmente destruida. Esto basta como garantía de que lejos de pretender ahogar la personalidad apegada en el anonimato de una masa amorfa, nosotros precisamos que destaque el individuo como valor señero, pero no como poder impuesto desde arriba a abajo sobre millones de cabezas que también piensan, sienten y comprenden el elemental principio de dignidad personal.

Nadie que no sea un megalómano ansioso de dominio, que se cree superior a los demás, que

posibilidad de producir todo aquello que su genio lo dicte y que sirva en beneficio de la humanidad y su progreso. Así los nombres y los hombres quedan en la historia honrados para siempre y venerados por todas las generaciones que se suceden en los ciclos espirales de la vida. Así los hombres entregan sus escuadras primarias al laboratorio recreativo en el que nada se destruye ni se para integrarse de nuevo en formaciones depuradas de substancia nociva o defectuosa. Sólo esto es digno para todas las formaciones culturales llamadas, por no sé quién, «clases», como si el hombre pudiera etiquetarse y catalogarse como las calidades de judíos o de lonjefas.



Toda potencia creadora pura y sana hallará en nuestros lineamientos orgánicos un medio apto para desarrollarse y progresar, con esfuerzo pero con resultados magníficos, insospechados e imposibles cuando se parte de bases falsas y egoístas; mal acaba lo que mal empieza.

Por eso los arquitectos y los ingenieros, los novelistas y los médicos, los mecánicos y los químicos, todos aquellos que han aprendido en el estudio de lo descubierto y a medio descubrir una lección de entusiasmo y de anhelo de conquista sana, tienen ahora oportunidad para demostrar su devoción por el camino emprendido cuando ingresaron en la Universidad o en la escuela especial que acogió sus hallucos primeros. Nadie debe decir ahora que está expulsado de los lugares de trabajo, puesto que con la conquista de ellos en beneficio de la comunidad, es hoy una cuestión de audacia y voluntad captadora.

A los arquitectos que comenzaron ya hace tiempo, en Barcelona, a incorporar la faz de la ciudad al gesto abierto y franco de los bloques «L. Corbuser» y al espíritu útil y ritinado de un Gropius u otro poeta y científico del hogar y la habitación moderna, compete hoy el dotar a la ciudad y a los pueblos rurales de la cáscara que moldeará el nuevo germen de vida colectiva. Nada sana tanto la vida como dejar obrar bajo la influencia de aquello que atormenta nuestro subconsciente, como los elementos decorativos que torturan la piedra, las fachadas recargadas y amenzantes, el conjunto melancólico de una arquitectura ochocentista, isabelina, o la férrea envergadura de las construcciones feudales. Por eso nosotros no nos condonamos mucho de la destrucción de las iglesias tendidas por monumentos del arte. Monumentos de la historia dolorosa del mundo, tal vez. Pero si algo debe sacrificarse al progreso de las cosas y los hombres, debe ser antes lo pasado que aquello que abre cauces a un bien futuro, y también a una mejora inmediata.

A los ingenieros debe el arte los mejores monumentos vivos que atestiguan — mejor que las pirámides, los sublimes «muertos» griegos, y otros cadáveres embalsamados en la historia de las artes — una etapa que rompa moldes estéticos y aflore nuevas concepciones de la «belleza». Juega con la razón y la sinrazón, pelee con los conceptos tenidos por sagrados e intangibles; el instinto maternal se vo como libido, la castidad como anomalía completa, las artes plásticas como «jazz» de color masa, el dibujo como geometría pura de los volúmenes y los planos. Ellos están en el camino de grandes hallazgos; ellos deben continuar su sacerdocio laico en la nueva vida que empieza a ser en los tiempos nuevos que marcan su hora en el reloj del mundo.

Ellos tienen un mundo por descubrir y ganar y unos tópicos que perder. Vivir aferrado a un postulado improbable, a una verdad dudosa o a un convencionalismo probado, es cosa triste y desesperanzadora. El hombre de acción, el «self-made-man» — el hombre que se hace a sí mismo — puesto en circulación por el mercado industrial yanqui, puede engranarse hoy, codo a codo, con un semejante que ayude a la máquina a funcionar debidamente.

Ellos tienen un mundo por descubrir y ganar y unos tópicos que perder. Vivir aferrado a un postulado improbable, a una verdad dudosa o a un convencionalismo probado, es cosa triste y desesperanzadora. El hombre de acción, el «self-made-man» — el hombre que se hace a sí mismo — puesto en circulación por el mercado industrial yanqui, puede engranarse hoy, codo a codo, con un semejante que ayude a la máquina a funcionar debidamente.

